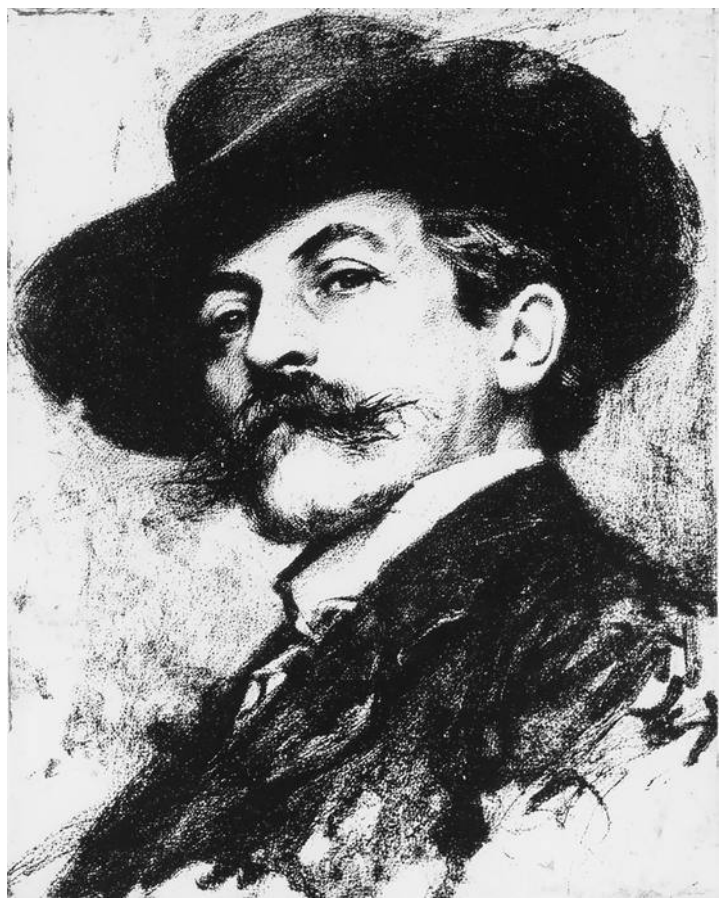


LOS MEJORES RELATOS DE ARSÈNE LUPIN

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCION.



LOS MEJORES **RELATOS** DE
ARSÈNE
LUPIN

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE PORTADA:
SANTY (tifanymorlas@gmail.com)

 MESTAS EDICIONES

LAS MEJORES HISTORIAS POLICÍACAS

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<https://www.facebook.com/MestasEdiciones/>

<https://www.instagram.com/MestasEdiciones/>

<https://x.com/MestasEdiciones/>

© Traducción: Arturo Martínez-Puch

Correcciones: L.T.

Diseño e ilustración de portada:

SANTY (tifanymorlas@gmail.com)

Ilustración interior: Mestas Ediciones

Primera edición: *Octubre, 2025*

ISBN: 978-84-10067-66-0

Depósito legal: M-16336-2025

ISBN Pack: 978-84-10067-68-4

Printed in Spain – Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Hay personajes literarios que irrumpen con una chispa única, con esa clase de energía que desconcierta al lector desde la primera página. Arsène Lupin no fue creado, fue invocado. Nació ya hecho mito, con guantes de seda, mirada pícara y una habilidad sobrenatural para desaparecer justo cuando creías haberlo atrapado. Este ladrón de guante blanco, tan culto como osado, convirtió el delito en una forma de arte. En estas nueve historias —un verdadero festín de astucia, humor y elegancia— cada paso suyo es una jugada maestra en una partida donde siempre va un movimiento por delante.

Maurice Leblanc no escribió simples cuentos de detectives. Compuso enigmas refinados protagonizados por un caballero de alma anárquica que irrumpe en salones burgueses con el mismo desparramo con que desactiva cajas fuertes. En estos relatos —desde *La detención de Arsène Lupin* hasta *La lamparita judía*— la justicia no la dictan los tribunales, la dicta un código propio, flexible y brillante como un diamante bien tallado.

I. EL ARTE DE LA EVASIÓN

Este maestro de la fuga no huye: se evapora. No se limita a escapar de cárceles físicas, atraviesa impasible las fronteras morales. En *La fuga de Arsène Lupin*, las rejas no representan un obstáculo, más bien un telón que se abre para ofrecer al lector su primer número de prestidigitación. Entre barrotes, planea, seduce, manipula. Incluso encerrado, sigue siendo el director de escena. Cada desaparición es un acto de magia sin artificios visibles. Lo que deslumbra es la naturalidad con la que lo logra. Su don no reside tanto en el disfraz como en la lectura del alma ajena. Conoce los resortes ocultos de la psicología y los utiliza con una

ligereza desconcertante. Por eso resulta tan difícil etiquetarlo: ¿es un criminal?, ¿un provocador?, ¿un esteta del crimen? Escapa también de esas preguntas. Y ahí radica su genialidad.

II. EL DUELO DEL INTELECTO

En estos relatos no encontrarás persecuciones ruidosas ni explosiones gratuitas. Aquí, el combate es mental. El verdadero campo de batalla está en el razonamiento, en el silencio que antecede al movimiento final. El caballero en cuestión no empuña armas, empuña hipótesis. Su ingenio es el único filo que necesita. En *El siete de corazones*, por ejemplo, lo que parece un misterio trivial acaba siendo un complejo juego de pistas, donde cada pieza encaja con una precisión milimétrica. Esta especie de prestidigitador no improvisa. Diseña cada golpe con la delicadeza de un orfebre, sabiendo que el verdadero placer no es el botín, es el despliegue de inteligencia que le conduce a él. Sus adversarios —policías, aristócratas, inspectores de aduanas— rara vez están a su altura. Hasta cuando parece en desventaja, logra girar la escena a su favor con una sonrisa. ¿Por qué? Porque su fuerza no está en los músculos, está en la mirada que lo ve todo antes de que ocurra. Esa agilidad mental convierte cada historia en una danza de espejos donde el lector, hipnotizado, intenta seguirle el ritmo.

III. LA ELEGANCIA DEL CRIMEN

Este artista del despiste no roba por codicia. Lo hace por la misma razón por la que un pintor pinta o un violinista afina su instrumento: por pura pulsión estética. En *El collar de la reina*, más que apropiarse de una joya, lo que ejecuta es un acto simbólico. Un robo, sí, pero también una declaración de principios, una burla elegante al orden establecido. Para él, la audacia no está reñida con la sofisticación. Hay un sentido del estilo que impregna cada uno de sus movimientos. En *La caja fuerte de la señora Imbert*, lo relevante no es el contenido del cofre, sino el modo de acceder a él. La satisfacción no reside en poseer, sino en saber que nadie más habría podido lograrlo con tanta gracia. En ese sentido, no hay huellas, ni violencia. Hay humor, hay ironía,

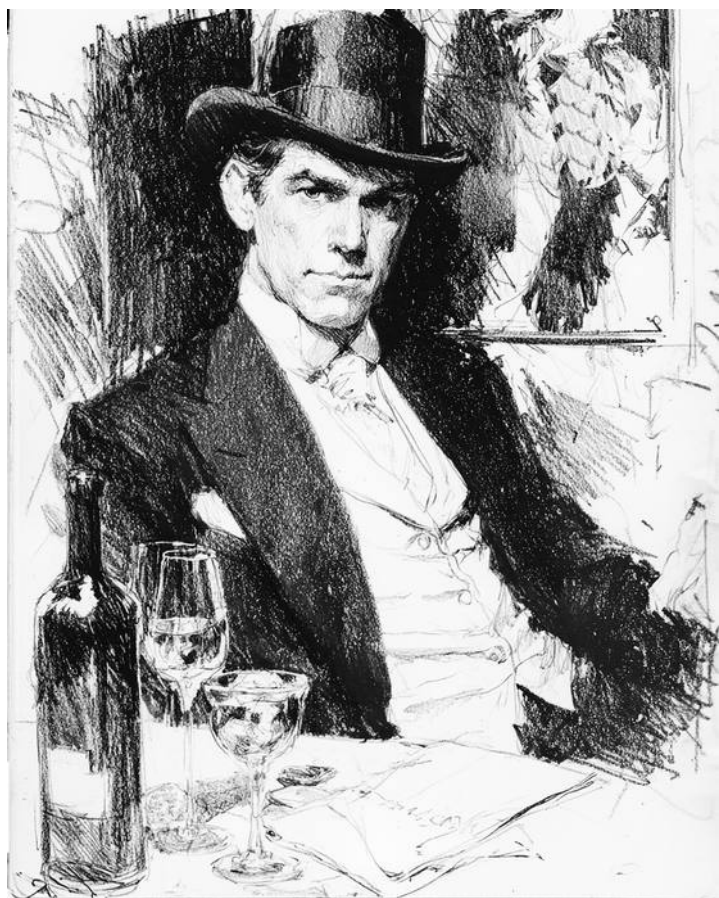
hay una voluntad clara de demostrar que hasta el crimen puede tener una forma elevada, casi poética. La ley, para este virtuoso del robo, es un reto intelectual. El código moral con el que actúa no siempre coincide con el legal, pero nunca es arbitrario.

IV. LAS MÁSCARAS DEL ENIGMA

Este hombre de las mil caras no tiene una identidad, tiene muchas. Y ninguna es definitiva. *La dama rubia*, *La perla negra*, *La lamparita judía*... en cada uno de estos relatos se reinventa. A veces actúa como seductor implacable, otras como justiciero encubierto o estafador con alma de poeta. Lo único constante es su capacidad para desaparecer en cuanto el lector cree haberlo comprendido. Leblanc convierte el disfraz en una forma de pensamiento. Su protagonista no solo cambia de aspecto, también de lógica. La historia gira, el foco cambia, y justo cuando crees haberlo atrapado, te das cuenta de que ibas leyendo el relato al revés. Esa es su mayor hazaña: hacernos dudar de todo lo que creíamos haber entendido. En este universo narrativo, los objetos desaparecen, los testigos se equivocan, y los culpables jamás son quienes parecían. El lector no es un detective, es un iluso fascinado. Y en ese pacto tácito, en esa rendición voluntaria a la astucia del embaucador, reside el secreto de su encanto.

En este volumen se recogen nueve joyas del relato policíaco que ofrecen un desafío entre inteligencia e ingenuidad. Y en ese duelo, el lector rara vez sale vencedor, aunque siempre queda encantado. Hay en estas páginas una promesa constante: la de la sorpresa. Un pacto implícito de asombro y complicidad. Este caballero escurridizo, este embaucador de almas confiadas, se cuela en nuestras certezas para desmontarlas con la misma ligereza con la que se cuela en los camarotes de un trasatlántico. Cuando cerramos el libro, sentimos que nos ha robado algo —una convicción, una sospecha, un prejuicio— y que nos ha dejado a cambio algo mucho más valioso: el goce de haber sido engañados con elegancia. ¿Hay mayor lujo que ese?

El editor



LA DETENCIÓN DE ARSÈNE LUPIN

¡Qué viaje tan raro! ¡Con lo bien que había empezado! Por mi parte, jamás había realizado una travesía que se anunciase bajo unos auspicios tan favorables.

El *Provence* es un trasatlántico rápido, cómodo, que está al mando del hombre más amable del mundo. A bordo se hallaba reunido lo más granado de la sociedad. Se entablaban relaciones, se organizaban diversiones y pasatiempos. Sentíamos esa rara impresión de estar al margen del mundo, reducidos a nosotros mismos, como si estuviésemos en una isla desconocida y por ello obligados a acercarnos los unos a los otros.

Y, efectivamente, nos acercamos...

¿Habéis meditado alguna vez lo original e imprevisto que es ese agrupamiento de seres que la víspera todavía no se conocían y que, durante unos días, entre el cielo infinito y el vasto mar, vivirán la existencia más íntima, que juntos desafiarán la ira del océano, el aterrador embate de las olas y la angustiosa calma del agua tranquila?

En el fondo, es la vida misma vivida en una suerte de trágico resumen, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad. Por eso tal vez se devore con una prisa loca y una voluptuosidad más intensa si cabe ese corto viaje del cual ya se vislumbra el fin en el momento en que se inicia.

Pero desde hace unos años sucede algo que se suma singularmente a las emociones de la travesía. El islote flotante sigue dependiendo de ese mundo del cual nos creíamos desprendidos. Persiste una relación, un nudo que se hace y se deshace lentamente en el mar. La radiotelegrafía es como una llamada de otro

universo del cual se reciben noticias de la forma más enigmática que quepa pensar. La imaginación carece del recurso de evocar los hilos por los que viaja el mensaje invisible. El misterio es aún más insondable y poético, así que se debe recurrir a las alas del viento para explicarse este nuevo milagro.

Así pues, en las primeras horas sentimos que nos seguían, nos escoltaban, incluso nos precedían con esa voz lejana que, de vez en cuando, nos susurraba a alguno de nosotros palabras llegadas desde lejos. Dos amigos me hablaron y otros diez, veinte, nos enviaron a todos, a través del espacio, sus entristecidos o sonrientes adioses.

Pero al segundo día, ya a quinientas millas de la costa francesa, una tarde tormentosa, el telégrafo inalámbrico transmitió un despacho que rezaba:

Arsène Lupin, a bordo de su buque, primera clase, cabello rubio, herida en antebrazo derecho, viaja solo, se hace llamar R...

En ese instante, estalló un violento trueno en el cielo sombrío y las ondas eléctricas quedaron interrumpidas. El resto del despacho no nos llegó.

Solo se supo la inicial del nombre bajo el cual se ocultaba Arsène Lupin. Si hubiese sido otra noticia, no dudo que los empleados del puesto radiotelegráfico, el comisario de a bordo y el capitán habrían guardado escrupulosamente el secreto. Pero ciertos sucesos parecen romper la discreción más rigurosa. Ese día, sin que pueda decirse cómo, se había propalado la noticia y todos sabíamos que el famoso Arsène Lupin se ocultaba entre nosotros.

¡Arsène Lupin entre nosotros! ¡El inaprensible ladrón cuyas proezas narraban todos los periódicos desde hacía meses! ¡El enigmático personaje con el cual el viejo Ganimard había entablado aquel duelo a muerte cuyas peripecias se desarrollaban de un modo tan pintoresco! Arsène Lupin, el elegante caballero que solo actúa en los palacios y los salones y que, una noche en la

que entró en la casa del barón Schormann, se fue con las manos vacías, dejando su tarjeta adornada con esta frase:

Arsène Lupin, el ladrón caballero, regresará cuando los muebles de esta mansión sean auténticos.

¡Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces que podía aparecer como chófer, como tenor, como corredor de apuestas, como hijo de familia, como adolescente, como un anciano, como viajante de comercio marsellés, como médico ruso o como torero español!

Hay que ser muy conscientes de esto: ¡Arsène Lupin, yendo y viniendo en el espacio relativamente limitado y estrecho de un trasatlántico! Pero ¡qué digo! En este rinconcito que es la primera clase de un buque, donde los pasajeros se encuentran entre sí a cada instante, en este comedor, en este salón, en este fumador, tal vez Arsène Lupin era ese señor..., o ese otro..., o mi vecino de mesa..., o mi compañero de camarote...

—Y esto aún va a durar cinco veces veinticuatro horas —exclamó a la mañana siguiente temprano la señorita Nelly Underdown—. Pero ¡esto es intolerable! Espero que lo detengan. —Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Veamos. Dígame, señor de Andrézy, usted, que mantiene las mejores relaciones con el capitán, ¿es que no sabe nada?

¡Ya me habría gustado saber algo, aunque fuese solo por agradecer a la señorita Nelly! Ella era una de esas deliciosas criaturas que allí donde van pronto ocupan el lugar más destacado. Su belleza y su fortuna eran desbordantes. Estas mujeres tienen un cortejo de fervientes admiradores, de entusiastas seguidores.

Educada en París por una madre francesa, iba a reunirse con su padre, el señor Underdown, de Chicago, un hombre rico donde los hubiese. La acompañaba una de sus amigas, lady Jerland.

Yo había presentado mi candidatura para flirtear con ella desde el primer momento.

Sin embargo, en la rápida intimidad de la travesía, su belleza me había turbado de inmediato, y me sentía demasiado emocionado

para flirtear cuando sus grandes ojos negros se cruzaban con los míos. Pero ella acogía mis homenajes con cierta aceptación y favor. Se dignaba reír con mis frases ingeniosas e interesarse por mis anécdotas. Parecía responder a la solicitud que yo le dedicaba con una vaga simpatía.

Es posible que solo un rival me hubiese inquietado: un joven apuesto, elegante y reservado, cuyo carácter taciturno ella parecía preferir frente a mis modales «fuera de lugar» de parisiense.

Precisamente ese joven estaba entre el grupo de admiradores que rodeaban a la señorita Nelly cuando ella me preguntó. Estábamos en el puente, sentados cómodamente en mecedoras. La tempestad de la víspera había despejado el cielo y el momento era delicioso.

—No sé nada con exactitud, señorita —respondió, pero ¿no podríamos abrir nuestra propia investigación, como haría el viejo Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?

—¡Oh! ¡Oh! Se anticipa mucho.

—¿En qué? ¿Es que el problema es tan complicado?

—Muy complicado.

—Olvida los elementos que tenemos para resolverlo.

—¿Qué elementos?

—Primero, Lupin se hace llamar señor R...

—Esa es una seña un tanto vaga.

—Segundo, viaja solo.

—Si eso le basta a usted...

—Tercero, es rubio.

—Y después, ¿qué?

—Nos basta con consultar la lista de pasajeros y aplicar el sistema de eliminación.

Yo tenía la lista en mi bolsillo. La tomé y comencé a estudiarla.

—Para empezar, veo que solo hay trece personas cuya inicial sea la R.

—¿Solo trece?

—En primera clase, sí. Y de esas trece personas cuya inicial es R..., como pueden ver, nueve están acompañadas de esposas, niños o criados.

Quedan solo cuatro personas: el marqués de Raverdan...

—Secretario de embajada... —interrumpió la señorita Nelly —. Lo conozco.

—El comandante Rawson...

—Es mi tío —dijo alguien.

—El señor Rivolta...

—Presente —exclamó uno de nuestro grupo, un italiano, cuyo rostro quedaba oculto bajo una barba de hermoso color negro.

La señorita Nelly rompió a reír.

—El señor no es exactamente rubio.

—Entonces —hablé de nuevo— debemos llegar a la conclusión de que el culpable es el último de la lista.

—¿Es decir?

—Es decir, el señor Rozaine. ¿Alguno de ustedes lo conoce?

Todos callaron. Pero la señorita Nelly, dirigiéndose al joven reservado cuya cercanía a ella me atormentaba, le dijo:

—Y bien, señor Rozaine. ¿Qué contesta?

Todos lo miramos. Era rubio.

Confieso que sentí una especie de sorpresa en el fondo. El incómodo silencio que pesaba sobre nosotros me reveló que los demás asistentes a aquella escena también sentían esa misma clase de angustia. Por lo demás, aquello era ridículo, ya que, en definitiva, nada del porte de aquel caballero permitía sospechar de él.

—¿Que qué contesto? —dijo—. Pues que, una vez visto mi nombre, mi carácter de viajero solo y el color de mi cabello, yo mismo he procedido a una investigación análoga y he llegado a la misma conclusión. Por ello opino que deben detenerme.

Tenía un curioso aspecto al pronunciar esas palabras. Sus labios, finos como dos trazos inflexibles, se afinaron aún más y palidieron. Unos hilillos de sangre estriaron sus ojos. Bromeaba,

aunque su fisonomía y su actitud nos impresionaban. La señorita Nelly preguntó con ingenuidad:

—Pero ¿no tiene una herida?

—Es cierto que falta la herida —repuso él.

Con un gesto nervioso se arremangó y descubrió el brazo. Pero entonces me asaltó una idea. Mi mirada se cruzó con la de la señorita Nelly. El hombre nos mostraba el brazo izquierdo.

Juro que iba a hacer esa observación, cuando un incidente atrajo mi atención. Lady Jerland, la amiga de la señorita Nelly, llegó corriendo en ese instante. Estaba desconcertada. La rodeamos rápidamente y, tras grandes esfuerzos, logró balbucir:

—¡Mis joyas, mis perlas!... ¡Se lo han llevado todo!

Pero no, no se habían llevado todo, cosa que luego supimos. Curiosamente, ¡habían hecho una selección!

No habían quitado de la estrella de diamantes, del pendiente de cabujones de rubí, de los collares y de los brazaletes rotos las gemas más gruesas, sino las más finas, las más valiosas, aquellas que, digamos, tenían más valor y ocupaban menos espacio. Las monturas estaban sobre la mesa. Yo las vi, como todos, despojadas de sus gemas como flores a las que hubiesen arrancado los hermosos pétalos centelleantes y coloreados.

Y para ejecutar el robo, durante la hora en que lady Jerland tomaba un té, había sido necesario forzar la puerta del camarote, dar con una bolsita disimulada en el fondo de una caja de sombreros, abrirla y escoger, todo ello en pleno día y en un pasillo concurrido.

Se oyó un solo grito entre nosotros. Solo hubo una opinión entre todos los pasajeros cuando se supo del robo: «Ha sido Arsène Lupin». Y es que esa era su forma de actuar: complicada, misteriosa, inconcebible... y lógica pese a todo, pues siendo difícil ocultar la masa que habría formado el conjunto de joyas, el problema se reducía si se trataba de cositas independientes entre sí: perlas, esmeraldas, zafiros.

Y a la hora de la cena ocurrió que se quedaron vacíos los dos lugares a derecha e izquierda de Rozaine. Esa noche supimos que lo había llamado el capitán.

Su detención, cosa que nadie dudó, dio lugar a una sensación de alivio. Por fin respirábamos. Esa noche nos entregamos a juegos ligeros. Se bailó. La señorita Nelly, sobre todo, dio muestras de una embriagadora alegría que me hizo ver que si los homenajes de Rozaine le habían gustado en un principio, ya no los recordaba. Su gracia acabó de conquistarme.

Sobre la medianoche, bajo la serena claridad de la luna, le declaré mi devoción con una emoción que pareció no desagradarle.

Pero al día siguiente, ante el estupor general, se supo que Rozaine había quedado en libertad porque los cargos presentados contra él no se sostenían.

Hijo de un importante comerciante de Burdeos, había presentado documentos completamente en regla. Además, sus brazos no presentaban rastro de heridas.

—¡Documentos! ¡Partidas de nacimiento! —clamaron los enemigos de Rozaine—. Además, ¡Arsène Lupin les presentaría tantos como deseen! Y en cuanto a la herida, lo que ocurre es que no sufrió ninguna o ¡él la ha borrado!

Una objeción que se presentaba contra esto era que, a la hora del robo, estaba demostrado que Rozaine paseaba por el puente. A lo que sus enemigos replicaban:

—¿Es que un hombre del temple de Arsène Lupin tiene que asistir al robo que él mismo comete?

Y sumado a esto, al margen de toda consideración extraña, había un punto al que hasta los más escépticos no podían ponerle un epílogo: ¿quién viajaba solo, era rubio y tenía un nombre que comenzaba con R, salvo Rozaine? ¿A quién apuntaba el telegrama, si no a él?

Y cuando, minutos antes del desayuno, Rozaine se dirigió audazmente a nuestro grupo, la señorita Nelly y lady Jerland se levantaron de sus asientos y se alejaron.

Aquello era una manifiesta expresión de miedo.

Una hora más tarde, una circular escrita a mano pasaba de mano en mano entre los empleados del transatlántico, la marinería y los pasajeros de todas las clases: el señor Louis Rozaine prometía una suma de diez mil francos a quien desenmascarase

a Arsène Lupin o encontrase a aquel en cuyo poder estuviesen las joyas robadas.

—Y si nadie me ayuda contra ese malhechor —dijo Rozaine al capitán—, yo mismo me las veré con él.

Rozaine contra Arsène Lupin o, más bien, según la frase que iba de boca en boca, el propio Arsène Lupin contra Arsène Lupin. Y esa lucha, que duró dos días, no dejaba de ser interesante.

Se vio a Rozaine de un lado a otro, mezclándose entre el personal, interrogando, fisgando. Por las noches veían rondar su sombra.

El capitán, por su parte, desplegó una energía y actividad sin parangón. Registraron el *Provence* de arriba abajo, hasta el último rincón. Registraron todos los camarotes sin excepción, bajo pretexto de que era muy probable que los objetos estuviesen ocultos en algún lugar, sin importar cuál, salvo en el camarote del culpable.

—Así acabarán descubriendo algo, ¿no? —me preguntó la señorita Nelly—. Por brujo que sea, no puede hacer invisibles los diamantes y las perlas.

—Sin duda —respondí yo—, o, de lo contrario, habrá que registrar las copas de nuestros sombreros, el forro de nuestras chaquetas y todo lo que llevamos puesto.

Y mostrándole mi máquina de fotos, una 9×12 con la que no dejaba de retratarla en las posturas más diversas, le dije:

—Y en un aparato no más grande que este, ¿no cree que habría sitio para esconder todas las gemas de lady Jerland? Basta con fingir que se toman vistas y ya está.

—Pero he oído decir que no existe ladrón alguno que no deje alguna huella.

—Sí, hay uno: Arsène Lupin.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque él no piensa solo en el robo que realiza, sino también en todas las circunstancias que podrían delatarlo.

—Al principio se mostraba usted más confiado.

—Pero después lo he visto en acción.

—Entonces, ¿según usted...?

—Según yo, perdemos el tiempo.

Y lo cierto es que las pesquisas no daban resultados o, al menos, el resultado que dieron no correspondió al esfuerzo general: al capitán le robaron el reloj.

Furioso, el capitán redobló su celo en las pesquisas y vigiló aún más estrechamente a Rozaine, con quien ya había mantenido varias entrevistas. A la mañana siguiente, por una ironía, el reloj desaparecido apareció entre los cuellos postizos del capitán de segunda clase.

Todo aquello tenía cierto aire de milagro y anunciaba a las claras el estilo socarrón de Arsène Lupin, el ladrón, cierto, y también diletante. Trabajaba por gusto y por vocación, claro está, pero además por diversión. Parecía un caballero que se lo pasa en grande con la obra que debe representar y que entre bastidores se desternilla de sus propias ocurrencias y de las situaciones que ha imaginado él mismo.

Decididamente era un artista en su género, y cuando yo miraba a Rozaine, sombrío y obstinado, y meditaba en el doble papel que aquel curioso personaje representaba, no podía hablar de él sin cierta admiración.

Sin embargo, la antepenúltima noche el oficial de guardia oyó unos gemidos procedentes del lugar más oscuro del puente. Se acercó y vio en el suelo a un hombre con la cabeza envuelta en un tupido mantón gris con los puños atados con una delgada soga.

El hombre fue liberado de sus ataduras. Le ayudaron a incorporarse y le dispensaron los cuidados debidos.

El hombre era Rozaine.

Era Rozaine, que había sido asaltado durante una de sus expediciones, derribado y despojado del dinero que llevaba. Una tarjeta de visita sujeta a su chaqueta con un alfiler contenía las siguientes palabras:

Arsène Lupin acepta agradecido los diez mil francos del señor Rozaine.

Pero, en realidad, la cartera robada contenía veinte billetes de mil.

Como es lógico, acusaron al desdichado de haber simulado el asalto contra sí mismo. Pero, además de que le hubiese sido imposible atarse de la forma en que lo estaba, quedó probado que la letra era distinta de la escritura de Rozaine y, por el contrario, se parecía muchísimo a la de Arsène Lupin, según aparecía reproducida en un viejo periódico encontrado a bordo.

Por lo tanto, Rozaine no era Arsène Lupin. Rozaine era quien decía, hijo de un negociante de Burdeos. Se confirmaba una vez más la presencia de Arsène Lupin, ¡y con qué acto tan temerario!

Aquello fue el terror. Nadie osaba permanecer a solas en su camarote y mucho menos aventurarse solo por los lugares del barco demasiado alejados. Los pasajeros se agrupaban por precaución. E incluso así, por un impulso instintivo, todos desconfiaban hasta de los más íntimos. Y es que la amenaza no procedía de alguien aislado y por eso mismo menos peligroso.

Ahora, Arsène Lupin era... todo el mundo. Nuestra imaginación sobreexcitada le atribuía un poder milagroso e infinito. Lo creíamos capaz de adoptar los disfraces más inesperados, de ser a veces el comandante Rawson o el marqués de Raverdan o incluso, pues nadie se limitaba ya a la acusadora inicial del nombre, a esta o aquella persona conocida por todos y que iba acompañada de su esposa, niños y criados.

Los primeros despachos radiotelegráficos no aportaron novedades. Al menos el capitán no nos lo comunicó y ese silencio no nos serenaba.

Por eso, el último día de la travesía se nos hizo interminable. Vivíamos en la ansiosa espera de que sucediese una desgracia. Esta vez ya no sería un robo o una simple agresión, sino un crimen, un asesinato. No admitíamos que Arsène Lupin se limitase a dos robos sin importancia. Dueño absoluto del buque, con las autoridades reducidas a la impotencia, solo tenía que desear algo para ejecutarlo, pues le estaba permitido todo y era señor de los bienes y de las vidas de a bordo.

Confieso que para mí aquellas eran unas horas deliciosas, pues pude ganarme la confianza de la señorita Nelly. Impresionada por tanto suceso, y siendo de naturaleza inquieta, buscó a mi lado una protección, una seguridad que yo me sentía dichoso de otorgarle.

En el fondo, bendecía a Arsène Lupin. ¿No era él quien nos aproximaba a la señorita Nelly y a mí? ¿No tenía derecho gracias a él de abandonarme a los más hermosos sueños? Sueños de amor y otros menos quiméricos, ¿por qué no confesarlo? Los Andrézy son de buen linaje, pero sus blasones están un poco desdorados y a mí no me parecía indigno de un noble pensar en reponer el brillo perdido a su nombre.

Y estos sueños, me parecía, no ofuscaban a Nelly en nada. Sus ojos sonrientes me autorizaban a tenerlos. La dulzura de su voz me decía que aguardase. Y hasta el último minuto, acodados sobre la borda permanecimos juntos mientras la costa americana desfilaba ante nosotros.

Las pesquisas habían cesado. Habíamos entrado en un compás de espera.

Desde las clases de primera hasta el entrepuente, donde pululaban los emigrantes, aguardábamos el momento supremo en que se explicaría finalmente el enigma insoluble. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué máscara se ocultaba?

Y ese momento supremo llegó. Podría vivir cien años y no olvidaría ni el más mínimo detalle.

—¡Qué pálida la veo, señorita Nelly! —le dije a mi compañera, que se apoyaba en mi brazo completamente desfallecida.

—¡Y usted! —repuso ella—. ¡Ay, qué cambiado está!

—¡Figúrese! Este momento es apasionante y me siento feliz de vivirlo junto a usted, señorita Nelly... Me parece que el recuerdo de usted quedará más marcado.

Pero ella no escuchaba. Estaba palpitante y turbada. Bajaron la pasarela. Pero antes de que fuésemos libres de cruzarla, subió a bordo un grupo de personas: aduaneros, hombres uniformados y personal de Correos.

La señorita Nelly balbuceó:

—Ahora descubrirán que Arsène Lupin ha escapado durante la travesía y no me sorprendería.

—Tal vez haya preferido la muerte a la deshonra y se ha arrojado al Atlántico antes de ser detenido.

—No se ría —dijo, ruborizada.

De pronto sentí un escalofrío y, al preguntarme ella, le dije:

—¿Ve usted a ese hombrecillo anciano en el extremo de la pasarela?

—¿El que lleva un paraguas y una levita color verde oliva?

—Ese hombre es Ganimard.

—¿Ganimard?

—Sí, el célebre policía que ha jurado detener a Arsène Lupin con sus propias manos. ¡Ah! Ya sé por qué no ha habido informes de este lado del océano. Ganimard estaba aquí. No le gusta que nadie se ocupe de sus cosas.

—Entonces, Arsène Lupin puede estar seguro de que será detenido.

—¿Quién sabe? Al parecer, Ganimard jamás lo ha visto salvo maquillado y disfrazado. Salvo que él ignore bajo qué nombre se oculta...

—¡Ah! —dijo ella con curiosidad un tanto cruel y femenina—. ¡Ojalá viese la detención!

—Tengamos paciencia. Seguro que Arsène Lupin ya ha descubierto la presencia de su enemigo. Entonces preferirá ser de los últimos en desembarcar, cuando los ojos del viejo policía estén cansados.

El desembarque empezó. Apoyado en su paraguas, con aire displicente, Ganimard no parecía atender a la muchedumbre que se agolpaba entre las dos barandillas. Yo observé que un oficial de a bordo, situado detrás de él, le informaba de vez en cuando.

El marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta fueron desfilando y otros, muchos otros... Observé entonces que Rozaine se acercaba.

¡Pobre Rozaine! ¡No parecía repuesto de sus desdichas!

—Tal vez sea él, pese a todo —me dijo la señorita Nelly—. ¿Qué le parece?

—Creo que sería muy interesante conservar en una misma fotografía a Rozaine y Ganimard. Tome mi máquina. Voy demasiado cargado de cosas.

Se la di, pero era tarde para que pudiese utilizarla porque Rozaine pasaba ya. El oficial se inclinó sobre la oreja de Ganimard, que alzó levemente los hombros y Rozaine siguió avanzando.

Entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

—Sí —dijo ella en voz alta—. ¿Quién es?

Solo quedaba una veintena de personas. Ella las observaba sucesivamente con el temor confuso de que una fuese él. Yo le dije:

—No podemos esperar más.

Ella avanzó y yo la seguí. Pero apenas habíamos dado diez pasos, cuando Ganimard nos cerró el paso.

—Bien, ¿qué ocurre? —exclamé.

—Un momento, señor. ¿Qué prisa tiene? —A continuación repitió con voz más imperiosa—: Un momento, señor.

—Voy acompañando a esta señorita.

Ganimard me observó detenidamente y luego, clavando sus ojos en los míos, dijo:

—Arsène Lupin, ¿verdad?

Yo me eché a reír.

—No, soy Bernard de Andrézy.

—Bernard de Andrézy murió hace tres años en Macedonia.

—Si Bernard de Andrézy hubiese muerto, yo no estaría ya en este mundo. Y ese no es el caso. Aquí tiene mis documentos.

—Estos son sus documentos, pero cómo los tiene usted en su poder es algo que tendré el placer de explicárselo.

—Pero ¡está loco! Arsène Lupin ha embarcado bajo el nombre de R.

—Sí, ese es otro de sus trucos, una falsa pista sobre la que nos lanzó. ¡Ah! Es muy valiente, buen mozo. Pero esta vez la suerte

le ha vuelto la espalda. Veamos, Lupin, demuestra que eres un buen jugador.

Dudé unos segundos. Me asestó un golpe seco en el antebrazo derecho y proferí un grito de dolor. Había golpeado la herida aún mal cerrada de la que hablaba el telegrama. Debía resignarme. Me volví hacia la señorita Nelly, que escuchaba lívida, vacilante.

Su mirada se topó con la mía, luego la dirigió hacia la máquina de fotos que le había entregado. Hizo un ademán brusco y tuve la impresión, la certeza, de que ella comprendió todo de inmediato. Allí estaban, entre las paredes estrechas de cuero granulado negro, en los pliegues de aquel pequeño objeto que había tenido la precaución de depositar en sus manos antes de que me detuviese Ganimard. Sí, era justo allí donde estaban los veinte mil francos de Rozaine con las perlas y los diamantes de lady Jerland.

¡Ay! Lo juro. En ese momento solemne, cuando Ganimard y dos de sus ayudantes me rodearon, todo me dio igual, la detención y la hostilidad de las gentes..., todo salvo la decisión que adoptaría la señorita Nelly sobre lo que le había confiado.

No temía ni por asomo que existiese contra mí esa prueba material y decisiva, pero ¿se decidiría a entregarla la señorita Nelly?

¿Me traicionaría ella, me perdería? ¿Procedería como un enemigo implacable o como una mujer que recuerda y cuyo desprecio se atenúa con un poco de indulgencia, con un poco de simpatía involuntaria?

Ella pasó delante de mí y la saludé muy bajo, sin decir nada. Mezclada con los demás pasajeros, fue hacia la pasarela con mi aparato fotográfico en la mano.

«Sin duda —pensé—, no se atreve a hacerlo en público. Dentro de una hora, dentro de un instante la entregará».

Pero, al llegar al centro de la pasarela, con un movimiento torpe y obvio dejó caer la máquina al agua entre el muelle y el costado del navío.

Luego la vi alejarse.

Su bella silueta se perdió entre la multitud, reapareció y desapareció nuevamente. Todo había terminado para siempre.

Me quedé inmóvil unos segundos, triste y a la vez invadido de una dulce ternura. Luego, con gran sorpresa de Ganimard, suspiré:

—Pese a todo es una lástima no ser un hombre honrado.

Así fue cómo, una tarde de invierno, Arsène Lupin me narró la historia de su detención. ¿Todos los incidentes, cuyo relato escribiría yo algún día, habían establecido unos lazos entre nosotros que podría calificar yo de amistad? Sí, me atrevería a decir que, Arsène Lupin me honra con cierta amistad y por eso llega a veces a mi casa de improviso, trayendo al silencio de mi despacho su alegría juvenil, el resplandor de su vida ardiente, su hermoso humor de hombre para quien el destino solo depara favores y sonrisas.

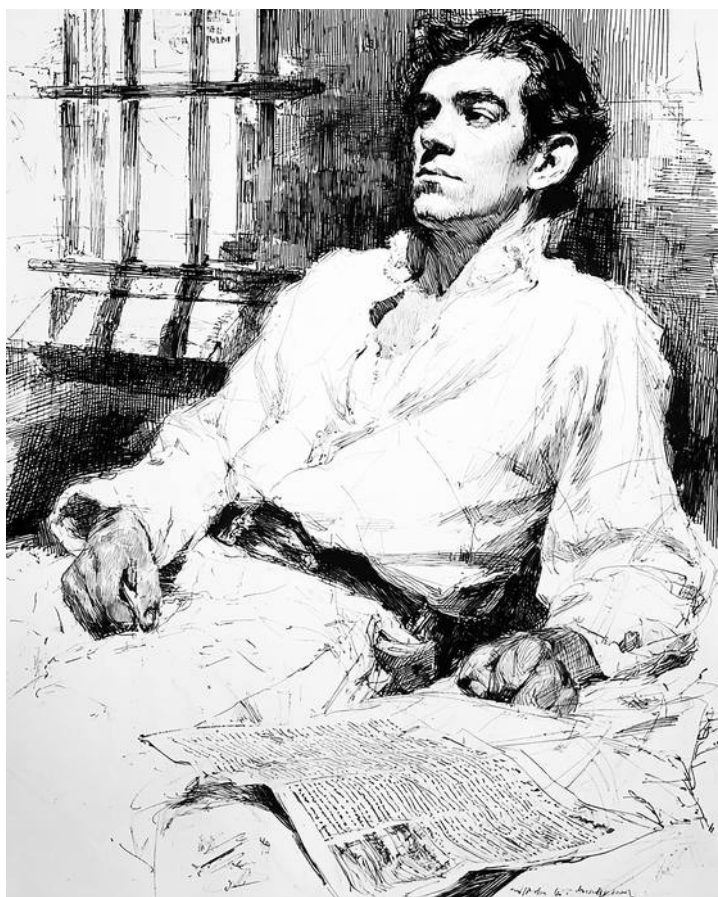
¿Su retrato? ¿Cómo podría pintarlo? Veinte veces lo he visto y cada vez se me ha presentado de manera diferente. O, más bien, es el mismo ser de quien veinte espejos me hubiesen enviado otras tantas imágenes deformadas, cada una de ellas con sus ojos particulares, la forma especial de su rostro, su silueta y su carácter.

—Ni yo mismo sé bien quién soy —me dijo—. Ya no me reconozco delante de un espejo.

Humor, por supuesto, y paradoja, pero también una verdad con respecto a quienes se tropiezan con él e ignoran sus recursos infinitos, su paciencia, su arte para maquillarse, su asombrosa facultad para transformar hasta las proporciones de su rostro e incluso alterar la relación entre sus rasgos.

—¿Por qué —dice también— debería tener yo un aspecto definido? ¿Por qué no evitar ese peligro de una personalidad siempre igual? Mis actos ya me designan lo bastante. —Y con un poco de orgullo, concreta—: Es mejor que nunca puedan decir con entera certeza: «He aquí a Arsène Lupin». Lo esencial es que digan sin temor a equivocarse: «Arsène Lupin ha hecho esto o aquello».

Yo intento reconstruir algunos de sus actos y de sus aventuras con las confidencias que ha tenido la generosidad de hacerme algunas tardes de invierno, en el silencio de mi despacho.



ARSÈNE LUPIN EN LA CÁRCEL

Ningún turista que se precie no conoce las orillas del Sena y ha dejado de observar, yendo desde las ruinas de Jumièges a las de Saint Wandrille, el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, tan orgullosamente erguido sobre su peñasco en medio del río. Lo une a la carretera un puente de arco. La base de sus sombrías torres se mezcla con el granito que lo sustenta: un bloque colosal de piedra desprendido, no se sabe de qué montaña, y arrojado allí por alguna tremenda convulsión. El agua en calma del gran río juguetea a su alrededor entre los cañaverales, y las aguzanieves se agitan sobre la cresta húmeda de los guijarros.

La historia de este castillo es tan dura como su nombre, áspera como su silueta. Allí solo se desarrollaron combates, sitios, asaltos, rapiñas y carnicerías. Durante las veladas de la tierra de Caux recuerdan con un estremecimiento los crímenes allí perpetrados. Se cuentan leyendas misteriosas. Se habla del famoso túnel que antaño conducía a la abadía de Jumièges y la mansión de Agnès Sorel, la amante de Carlos VII.

En este antiguo refugio de héroes y bribones mora el barón Nathan Cahorn, el barón Satán, como lo conocían hace años en la Bolsa, donde se enriqueció repentinamente. Los señores de Malaquis, arruinados, tuvieron que venderle por un pedazo de pan la que fuese la mansión de sus antepasados. Allí ha instalado sus admirables colecciones de muebles y cuadros, de lozas y maderas talladas. Vive solo con tres viejos criados. Nadie entra allí jamás. Nadie ha contemplado entre el decorado de sus salas antiguas los tres Rubens que posee, sus dos Watteau, su silla de Jean Goujon, y tantas otras maravillas arrancadas a golpe de talonario a los más ricos asistentes habituales a las subastas públicas.

El Barón Satán tiene miedo. No teme por sí mismo, sino por los tesoros que ha acumulado con una pasión tan tenaz y la perspicacia de un aficionado al que ni el más sabio de los comerciantes puede presumir de haber engañado. Los ama. Los ama amargamente, como un avaro; celosamente, como un amante.

Todos los días, al atardecer, se cierran y bloquean las cuatro puertas de hierro que controlan los dos extremos del puente y la entrada al patio principal. A la menor sacudida, las campanas eléctricas vibran en el silencio. En el lado del Sena, no hay nada que temer, pues la roca es escarpada.

Un viernes de septiembre, el cartero llegó a la cabeza de puente como de costumbre. Y, según la regla del día, fue el barón quien abrió la pesada puerta.

Examinó al hombre tan minuciosamente como si no conociese ya desde hacía años aquella alegre cara bonachona y aquellos ojos de campesino burlón. El hombre dijo riendo:

—Sigo siendo yo, barón. No soy otro que haya tomado mi blusa y mi gorra.

—Nunca se sabe —murmuró Cahorn.

El cartero le entregó un montón de periódicos. Luego añadió:

—Y ahora, barón, hay noticias.

—¿Algo nuevo?

—Una carta certificada.

Aislado, sin amigos ni nadie que se interesase por él, el barón nunca recibía cartas, y enseguida le pareció un hecho siniestro del que preocuparse. ¿Quién era ese misterioso corresponsal que venía a importunarlo en su retiro?

—Debe firmar, barón.

Firmó, refunfuñando. Luego recogió la carta, esperó a que el cartero hubiese desaparecido por la curva de la carretera y, tras dar unos pasos arriba y abajo, se apoyó en el parapeto del puente y abrió el sobre. Contenía una hoja de papel cuadriculada con este encabezamiento escrito a mano: Prison de la Santé, París. Observó la firma: Arsène Lupin.

Estupefacto, leyó:

Señor barón:

En la galería que une sus dos salones existe un cuadro de Philippe Champaigne de excelente factura que me encanta. Sus Rubens también me agradan, así como el más pequeño de sus Watteau. En el salón de la derecha destaco el aparador de Luis XIII, los tapices de Beauvais, el velador de estilo Imperio firmado por Jacob y el armario Renacimiento. En el de la izquierda, toda la vitrina de las alhajas y las miniaturas.

De momento me conformaría con esos objetos, pues creo que son fáciles de pasar y vender. Así pues, le ruego que los haga embalar adecuadamente y los envíe a mi nombre (a portes pagados) a la estación de ferrocarril de Batignolles, antes de las ocho, ya que de lo contrario yo mismo me ocuparé de su traslado en la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre. Y, como es justo, no me conformaré con objetos que no sean los señalados.

Le pido disculpas por las pequeñas molestias que le ocasiono y acepte mi más respetuosa consideración.

Arsène Lupin.

P.D. Por favor, no me envíe el Watteau grande. Aunque haya pagado treinta mil francos por él en la Casa de Subastas, es una simple copia, pues el original fue quemado en la época del Directorio por Barras, en una noche de juerga. Consulte las Memorias inéditas de Garat. Tampoco me interesa la castellana Luis XV, de cuya autenticidad dudo.

Esta carta alteró al barón de Cahorn. Si la hubiese firmado cualquier otro, le habría dejado alarmado, pero ¡firmada por Arsène Lupin!

Lector asiduo de la prensa, sabía lo que ocurría en el mundo en cuanto a robos y delitos, y no ignoraba nada con respecto a las hazañas del infernal ladrón. Sabía sin duda que Lupin, detenido en América por su enemigo Ganimard, estaba preso y estaba siendo procesado con mucha dificultad. Pero también sabía que cabía esperar de todo por parte de él. Pensaba por anticipado que el conocimiento exacto del castillo, de la situación de los cuadros

y de los muebles era un indicio de los más terribles. ¿Quién le había informado sobre cosas que nadie había visto jamás?

El barón alzó la mirada y contempló la silueta indómita del castillo de Malaquis, su peñasco abrupto, el agua profunda circundante, y se encogió de hombros. No, sin lugar a duda no había peligro. Nadie podría penetrar en el santuario inviolable de sus colecciones.

Nadie, pero ¿Arsène Lupin? ¿Es que existen para Arsène Lupin puertas, puentes levadizos y murallas? ¿Para qué sirven los obstáculos mejor concebidos, las más hábiles precauciones si Arsène Lupin ha decidido apoderarse de un objeto determinado?

Esa misma noche escribió al fiscal de la República de Ruan una carta con las amenazas pidiendo ayuda y protección.

La respuesta llegó pronto. Al hallarse el tal Arsène Lupin actualmente detenido en la Santé, estrechamente vigilado e imposibilitado de escribir, la carta solo podía ser obra de un imitador. Todo lo indicaba así, tanto la lógica como el buen sentido y la realidad de los hechos. Sin embargo y por prudencia había encargado a un perito examinar la escritura y este declaró que, pese a ciertas analogías, la letra no era del detenido.

«¡Pese a ciertas analogías!». Aquellas palabras se grabaron a fuego en la mente del barón, pues veía en ellas la plasmación de una duda que, como tal, debería bastar para que la justicia interviniese. Sus temores se acrecentaron. No dejaba de releer la carta. «Yo mismo me ocuparé de su traslado». Y aquella fecha exacta: la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre...

Desconfiado y taciturno, no se había atrevido a confiar en sus sirvientes, cuya devoción no parecía inmune a ninguna prueba. Sin embargo, por primera vez en años, sintió la necesidad de hablar, de pedir consejo. Abandonado por la justicia de su país, ya no esperaba defenderse con sus propios recursos, y estuvo a punto de ir a París e implorar la ayuda de algún antiguo policía.

Pasaron dos días. Al tercero, leyendo los periódicos, se estremeió de alegría. El *Réveil de Caudebec* publicó esta reseña:

Tenemos el placer de tener entre nosotros, desde hace casi tres semanas, al inspector jefe Ganimard, uno de los veteranos del servicio de Sûreté. El señor Ganimard, cuya última hazaña, la detención de Arsène Lupin, le ha valido la fama en toda Europa, descansa de sus largas fatigas poniendo en apuros a gobios y breacas.

¡Ganimard! ¡He aquí el ayudante que el barón Cahorn estaba buscando! ¿Quién mejor que el taimado y paciente Ganimard podría frustrar los planes de Lupin?

El barón no dudó. Seis kilómetros separan el castillo de la pequeña ciudad de Caudebec. Los recorrió con paso alegre, como un hombre sobreexcitado por la esperanza de la salvación.

Tras varios intentos infructuosos de averiguar la dirección del inspector jefe, se dirigió a las oficinas del *Réveil*, situadas en el centro del muelle. Allí encontró al editor de la reseña, quien, acercándose a la ventana, exclamó

—¿Ganimard?, pues seguro que lo encuentra en el muelle, con el sedal en la mano. Allí nos conocimos y leí por casualidad su nombre grabado en su caña de pescar. Mire, es ese anciano que puede ver allí, bajo los árboles del paseo.

—¿Con un abrigo y un sombrero de paja?

—Precisamente. ¡Ah! Es un tipo extraño, poco hablador y bastante descortés.

Cinco minutos después, el barón se acercaba al famoso Ganimard, se presentaba e intentaba entablar conversación. Al no lograrlo, abordó la cuestión con franqueza y explicó su caso.

El otro escuchó, inmóvil, sin perder de vista el pez al que acechaba, luego volvió la cabeza hacia él, lo miró de pies a cabeza con un aire de profunda lástima, y dijo:

—Señor, no es habitual avisar a la gente a quien se quiere robar. Arsène Lupin, en particular, no comete esos errores.

—Sin embargo...

—Señor, si me cupiese la más mínima duda, créame, el placer de volver a enchironar al querido Lupin superaría cualquier otra consideración. Por desgracia, ese joven está bajo llave.

—¿Y si se fuga?

—Nadie se fuga de la Santé.

—Pero él...

—No más que cualquier otro.

—Sin embargo...

—Bueno, si se fuga, mucho mejor, lo atraparé de nuevo. Mientras tanto, duerma tranquilo y deje de espantarme a esa breca.

La conversación había terminado. El barón regresó a su casa, algo más tranquilo por la despreocupación de Ganimard. Comprobó las cerraduras, espió a los sirvientes, y pasaron cuarenta y ocho horas durante las cuales casi se convenció de que, en conjunto, sus temores eran infundados. No, decididamente, como había dicho Ganimard, uno no avisa a la gente a quien quiere robar.

La fecha se acercaba. La mañana del martes, la víspera del 27, no ocurrió nada especial. Pero a las tres, un chico llamó. Traía un despacho:

No hay ningún paquete en la estación de Batignolles. Prepare todo para mañana por la noche.

Arsène.

Nuevamente le entró el pánico, tanto que se preguntó si no cedería a las exigencias de Arsène Lupin.

Corrió a Caudebec. Ganimard estaba pescando en el mismo lugar, sentado en una silla plegable. Sin decir nada, le entregó el telegrama.

—¿Y bien? —dijo el inspector.

—Bien... ¡pero eso es para mañana!

—¿El qué?

—¡El robo! ¡El saqueo de mis colecciones!

Ganimard dejó el sedal, se volvió hacia él y, con los brazos cruzados sobre el pecho, exclamó en tono impaciente:

—¿Cree que voy a ocuparme de una historia tan estúpida?

—¿Cuánto pide por pasar la noche del 27 al 28 de septiembre en el castillo?

—Ni un céntimo, déjeme en paz.

—Diga el precio, soy rico, asquerosamente rico.

La crudeza de la oferta desconcertó a Ganimard, que prosiguió, más tranquilo:

—Estoy aquí de permiso y no tengo derecho a mezclarme en...

—Nadie lo sabrá. Me comprometo, pase lo que pase, a guardar silencio.

—No pasará nada.

—Bueno, veamos, ¿son suficientes tres mil francos?

El inspector tomó un pellizco de rapé, se lo pensó y soltó:

—De acuerdo. Pero debo decirle con franqueza que es dinero tirado por la ventana.

—No me importa.

—En ese caso... Y entonces, después de todo, ¿nunca se sabe con ese diablo de Lupin! Debe tener toda una banda a sus órdenes. ¿Está seguro de sus sirvientes?

—Bueno...

—Entonces no contemos con ellos. Enviaré un mensaje a dos agentes que nos darán más seguridad. Ahora márchese para que no nos vean juntos. Nos veremos mañana, sobre las nueve.

Al día siguiente, la fecha fijada por Arsène Lupin, el barón Cahorn descolgó su panoplia, preparó sus armas y se paseó por los aledaños del castillo de Malaquis. No le pareció que sucediese nada raro.

Por la noche, a las ocho y media, despidió a sus sirvientes. Vivían en un ala que daba a la carretera, pero un poco más atrás, en un extremo del edificio. Cuando estuvo solo, abrió suavemente las cuatro puertas. Al cabo de un momento, oyó unos pasos que se acercaban.

Ganimard presentó a sus dos ayudantes, tipos grandes y fuertes con cuello de toro y manos poderosas, y luego pidió algunas explicaciones. Una vez conocida la disposición del lugar, cerró cuidadosamente y puso barricadas en todas las salidas por las que se podía entrar en las habitaciones amenazadas. Inspeccionó los muros, levantó los tapices y finalmente instaló a sus agentes en la galería central.

Fin de la edición promocional